

## CUARTA PARTE

### EL SUEÑO DESVANECIDO

*Belleza, sueños, grandeza,  
todo se desvanece como agua  
en el agua...*

Como consecuencia, los romanos gobernaron solos Egipto y las «provincias» de Oriente. Las harán administrar por sus generales y procuradores, quienes se limitarán a hacer afluir a Roma el trigo y los mercenarios, pero que no se preocuparán en absoluto de comprender el alma de los pueblos que estarán a su cargo. Para ellos, la fusión del Oriente con el Occidente — ese gran objetivo que se le había impuesto al genio de Alejandro y que César había redescubierto en los brazos de Cleopatra — habrá perdido toda significación. Dejarán escapar inclusive la esencia del genio helénico. Sólo retendrán la apariencia y algunas fórmulas huera. Estarán convencidos de que ya hicieron todo después de haberles impuesto el «orden» a las poblaciones sometidas. Y sin duda alguna, ese orden habrá tenido al principio un efecto saludable. Pero por su voluntad, demasiado rígida, de asimilación y de uniformización, terminará por aplastar todo lo que la vida tiene de espontáneo y de delicado. La *Pax romana* será una paz majestuosa, pero helada. Para terminar, provocará en Europa y en el conjunto del mundo mediterráneo una regresión económica de la cual las generaciones guardarán un recuerdo confuso, pero aterrador.<sup>clxxv</sup>

Si la historia, considerada en su totalidad, expele una melancolía tan angustiante, es porque es incapaz de mantenerse al nivel al que la elevan, de cuando en cuando, ciertos seres privilegiados. Apenas desaparecen del escenario, todo palidece y se marchita. Un cenit fue rebasado: no queda más que volver a descender. Sus obras parecen sobrevivir, pero no es más que una ilusión: detrás de su fachada intacta, no queda más que un teatro vacío, un palacio transformado...

Octavio dirigirá el mundo romano sustituyendo la habilidad a la intrepidez, limitando estrechamente sus ambiciones y apagando la especie de incendio interior que le servía de justificación. Como si instintivamente sintiera que no podía revestir la capa demasiado amplia que le había legado su predecesor, él se dirá simplemente sagrado — *Augustus* — ya no divino — *Divus* — como su padre adoptivo. En lugar de integrar a Egipto, lo tratará como un país aparte. En lugar de someter Persia, negociará con los partos y finalmente los dejará fuera de su órbita. Incapaz de aprehender lo que significaría para el futuro un imperio que se extendiera desde el

Atlántico hasta las Indias, parece no haber visto que el abandono de la conquista parta reducía definitivamente el teatro del mundo. Finalmente, de César no retendrá más que él «cesarismo», es decir, el casco y la coraza, pero no la cabeza ni el corazón.

Sin duda, varios de sus sucesores intentarán retomar el grandioso plan del vencedor de Pompeyo. Trajano, en el siglo II, Marco Aurelio, Lucio Vero y algunos otros emperadores de los siglos III y IV de nuestra era sucesivamente lo intentarán. Pero aunque hayan logrado éxitos parciales, nunca alcanzarán el objetivo que se había asignado el vencedor de Farsalia. Los persas conservarán siempre su independencia. Bajo Nerón, Corbulón rechazará con grandes esfuerzos sus incursiones. Trajano mismo, si bien avanzó hasta el Golfo Pérsico, debió batirse en retirada ante la resistencia de Hattra, así como Antonio se había dado de bruces en la fortaleza de Fraaspa. Valeriano terminará sus días en un vergonzoso cautiverio en los dominios del «Rey de Reyes» y la revancha incompleta de Galero se borrará con la trágica muerte de Julián, en la planicie de Ctesifón.<sup>clxxvi</sup>

Sólo César era capaz de triunfar allí donde todos los otros fracasaron. No sólo porque él se beneficiaba de una coyuntura favorable y que estaba dotado de un genio del que la naturaleza humana no ha sido pródiga a lo largo de los siglos,<sup>clxxvii</sup> sino también y sobre todo porque había forjado un instrumento de guerra que después de él se debilitó. Nunca más un general romano dispondrá de una fuerza comparable a las veintinueve legiones que había congregado a la víspera de su muerte. Nunca más las cohortes imperiales recuperarán el temple y la acometividad que les había permitido obtener las victorias de Farsalia y de Munda.

La obligación de combatir, alternativa o simultáneamente, a los germanos y a los partos en dos frentes alejados se remonta a los idus de marzo y esa dispersión de esfuerzos fue la causa esencial de la decadencia romana.<sup>clxxviii</sup> Como se ve, el puñal de Bruto no sólo derribó el cuerpo de César. Golpeó al imperio en sus centros vitales y el mundo se crispó alrededor de esa herida.

Más tarde, bajo el reino de Severo (193-235) emperatrices sirias, originarias de Emeso y Antioquía, reinarán en el Palatino y darán nacimiento a «Césares», realizando así el deseo de Cleopatra.<sup>clxxix</sup> Para entonces, Roma se acomodará a ello muy bien. No obstante, ninguna de esas mujeres verá en su acceso a los supremos honores otra cosa que un medio de satisfacer su gusto por el lucro o su sed de poder. Nunca ninguna de ellas inducirá a su esposo o a sus hijos (180) — que se trate de Séptimo Severo o de Caracalla — a «fundar un imperio que tenga las dimensiones de la tierra». Habrá que esperar a Julián para que el sueño de Alejandro vuelva a encontrar un alma a su medida y parezca estar, una vez más, a punto de realizarlo.

En cuanto al sueño de Cleopatra, está muerto y bien muerto. Fue muerto una primera vez por el puñal de los conjurados y una segunda vez por el desdén de Octavio. Pero como a menudo sucede con los acontecimientos más grandes de la historia, ninguno de los contemporáneos del drama parece haberse dado cuenta.

---

<sup>clxxv</sup> La fórmula es de Emmanuel Berl.

<sup>clxxvi</sup> Juliano será uno de los últimos emperadores romanos que retomarán la lucha contra los persas, gobernados entonces por el rey Sapor II. Su expedición no le cederá en nada a la de Antonio.

<sup>clxxvii</sup> CARCOPINO: *Profils de Conquérants*, p. 309.

<sup>clxxviii</sup> *Id.*, p. 310.

<sup>clxxix</sup> En particular Julia Domna, Julia Moesa, Julia Soaemnia y Julia Mamaea, de la familia de los Bassiani. (Cfr. Jean BABELON: *Les Impératrices syriennes*). Ellas le infundirán a la sangre romana todo lo que el Oriente tiene de más corrompido. Sin embargo, los romanos no las tratarán con rigor, en tanto que se mostraron tan severos con «la prostituta de Alejandría».